

## DEL MISTERIOSO ORINOCO:

### CREENCIAS Y SUPERSTICIONES DE LOS GUARAUNOS

En la expedición organizada por el Instituto Etnológico Venezolano del Colegio San Ignacio (IEVSI), a la región del Delta Amacuro, tuve la feliz ocasión de ponerme en contacto con el psiquismo de los guaraunos y precisamente en un aspecto tan interesante como es el de sus creencias religiosas y supersticiones. Gracias al fino tacto del Padre Rodrigo, benemérito Misionero Capuchino, y profundo conocedor de la lengua guaraúna, quien nos sirvió de guía-intérprete y nos suministró valiosísimos datos recogidos por él mismo a través de su larga vida misionera, me fué dado formarme una idea de conjunto acerca de lo que el guaraúno cree, teme, o espera; de su posición anímica ante los enigmas de la naturaleza y del más allá. Mundo por cierto poblado de misterios para un civilizado; alma inmensamente lejana de nosotros, a pesar de su relativa cercanía material; conjunto abigarrado de creencias, mitos leyendas, fábulas, que crecen y se entrelazan en el alma primitiva del guaraúno, con la asombrosa fertilidad con que se entremezclan y retuercen sus ramas los infinitos árboles seculares de la misteriosa selva orinoqueña.

#### Mentalidad primitiva.—

Como todo ser primitivo, enmarcado por añadidura sobre un fondo agreste y grandioso—bosque, río, soledad—el guaraúno ostenta una gama típica y diferencial de rasgos psicológicos.

Psiquismo primitivo, "en bruto", en el que predominan el impulso sobre el señorío, la función fabuladora sobre la lógica consciente, el tumulto efectivo sobre la clara serenidad, el mito sobre la reflexión.

Posee el guaraúno en su psicología una mixtura de selva y de río: exuberante en su imaginación; pero fluyente y sencillo en sus costumbres. Psicología enigmática y clara a la vez, intrincada y diáfana: en él lo trascendente y misterioso se proyecta insensiblemente sobre el humilde y monótono rodar de cada día. Respira y bebe el misterio como quien echa un poco de sal al morocoto que acaba de atrapar en su anzuelo. En su alma se conjugan el día y la noche, como en el bello Orinoco: pura diafanidad cuando lo envuelve el sol; misterio impenetrable, cuando bajan las tinieblas.

Me fijaré en dos rasgos de su psiquismo, propios, por lo demás, de todo primitivo: la función fabuladora de su imaginación y su elevada sugestibilidad.

#### La función fabuladora.—

El elemento imaginativo predomina en el marco psíquico del guaraúno. De allí que posea una estructura anímica primaria, infantil, intuitiva. El inconsciente racial aflora al ras de su alma.

Fácil es rastrear su fértil función fabuladora a través de sus creencias

religiosas, de los mitos y leyendas que teje alrededor de lo invisible.

Después de largas horas de investigación y de interrogatorios directos con los mismos piaches (brujos o hechiceros), pude comprobar que profesan como religión un extenso animismo.

Para el guaraúno todo está poblado de espíritus o todo está simplemente animado.

Para medir el alcance de este animismo, es necesario tener en cuenta que el guaraúno admite tres clases de realidades invisibles: el jebu, la obojona y la amejokoji.

El jebu: patrimonio de los "guisidatus", (brujos) de ciertos animales, plantas, ríos, piedras, etc.

La obojona o pensamiento: lo atribuyen a todos los seres, aun a los no vivientes. Así, por ejemplo, cuando una piedra se desprende y golpea a alguno, afirman que la piedra lo ha hecho *intencionalmente*, interpretación que recuerda la fase animista de la infancia.

La amejokoji: es algo así como una "sombra" que, haya o no luz, acompaña al sujeto en vida, y persiste después de la muerte.

De estas tres categorías de seres, su animismo se basa, principalmente en la creencia en los "jebus", a los cuales, por lo mismo, estudiaremos más detenidamente. A los jebus ofrecen sacrificios, entonan himnos, dirigen sus cantos de brujería.

Pero, en concreto ¿qué es exactamente un jebu? No pidamos precisión de conceptos a un guaraúno! No pretendamos obtener de él una definición clara y nítida! Después de largos rodeos, llegamos a la conclusión: para el guaraúno, un jebu es un ser superior, dotado de poderes especiales; es invisible en sí mismo, si bien puede revestir formas corporales.

**Clases de jebus:** la fértil imaginación guaraúna no titubea en reconocer en el mundo de los jebus las mismas diferencias que se registran entre los simples mortales. Y así distingue jebus masculinos y femeninos. Tienen, por ejemplo jebu de sexo masculino la ceiba, el palo mora. En cambio, el cachicamo posee toda clase de jebus. Puestos sobre la línea del antropomorfismo, afirman que

también los jebus se relacionan entre sí y tienen prole. Según ellos, los jebus masculinos son polígamos.

Existen jebus en ciertos pájaros, por ejemplo: la tijaleta, el alcatraz, el guanaguanare (pájaro llamado en indio "nabacabana").

La vaca no tiene jebu; el caballo, sí. Y no deja de ser curioso que los "guisidatus" (hechiceros) se abstengan de comer carne de vaca, porque... "se les iría el espíritu".

Del abultado tropel de jebus, los más siniestros son aquellos que están provistos de cuernos. Hacen mucho daño a los indios. Flechan a todo aquel que se ponga a su alcance.

Y ¿dónde viven los jebus? Al formularse esta pregunta, los indios señalan hacia el poniente: sí, allá, en lo alto, está el "jebu" (región de los jebus), especie de gran ciudad, donde los jebus habitan en espaciosas mansiones y continúan enzarzados en pleitos y triquiñuelas, como acá abajo, entre los mortales.

Rasgos vesánicos presentan los jebus: beben sangre y comen carne humana. Si no ¿cómo explicarse la escuálida flacura de aquellos enfermos en que mora un jebu?

**Jerarquía de los jebus.** En medio de esta abigarrada muchedumbre de seres, mezcla de espíritu y materia, de ficción antropomórfica y absurdo mítico, ¿no existe ningún orden ni jerarquía? ¿Son acaso todos igualmente poderosos, para sembrar la desolación o cubrir con su benéfica sombra? Existe un jebu, dueño de todos los restantes: el "kanobu", "nuestro gran antepasado", el sol, que día tras día exalta y enflebra la imaginación guaraúna: el soberano jebu que se asoma y resbala sobre la ondulante superficie de su río; el que todo lo cubre con su espléndido manto de luz. Si algún dios existe, es él. Y si alguna diosa es digna de figurar como esposa suya es la luna, dominadora de las misteriosas noches. A los jebus, en general, y a éstos dos en particular, ofrecen los guaraúnos sus sacrificios.

**Sacrificios.—**

Los guaraúnos ofrendan yuruma y tabaco en la "casa del jebu" (jebu ajanaco), en una pieza denominada "nogares" (del muerto). Porque, efectivamente, se trata de un antepasado,

ya muerto, que ha escalado las cimas del jebu, desde donde exige a sus descendientes que le ofrezcan el sacrificio de la yuruma. También se ofrece un sacrificio en las fiestas del "naja namu" (depósito de vástago de moriche, que contiene la yuruma).

A través de su sobria solemnidad, no deja de ser impresionante el ritualismo que envuelve estas fiestas sacrificales. Durante tres días, el "guisidatu" (hechicero) invoca y llama al "jebu" del antepasado para que coma la yuruma y el tabaco. El jebu no se hace rogar largo tiempo: baja y come. Pero no se crea que toca la sustancia de las ofrendas: le basta con comer la "sombra", lo cual explica que aquellas queden exteriormente intactas. Después del tercer día, tiene lugar la participación en el sacrificio ofrendado: conjunto de prescripciones que observan escrupulosamente.

Ante todo, los indios, encargados de trasladar la yuruma de la casa del jebu al rancho donde la van a comer, deben bañarse previamente y ceñirse su guayuco. Se comprende: la yuruma ha quedado consagrada al contacto con el jebu.

Preciso es revestir al pobre rancho de cierta solemnidad; para ello lo desalojan completamente quitando los chinchorros y cubriendo los fogones que arden debajo de los chinchorros. Es de notar que este fuego nunca debe extinguirse. La ceremonia comienza. Los indios, reverentes, silenciosos, se alinean en dos filas a lo largo del rancho, donde se han colocado previamente hojas de temiche, a manera de manteles. En el centro, hierático, se sienta el dueño de la yuruma (generalmente el "guisidatu"), el cual ordena a los repartidores la forma como tienen que distribuir la yuruma. En todo ello se observa un protocolo sagrado. A los viejos corresponde más que a los muchachos; a los familiares, mayor cantidad que a los que no lo son. Cada uno de los participantes dice: "dima, ine najorote" (yo comeré). El dueño responde con otra fórmula ritual: "más que sea sanuka" (aunque sea poco). Todos repiten la misma fórmula. Al terminar la comida dicen: "Dima, yakera" (la comida ha estado buena). El dueño contesta: "yaquera, sanu karone" (buena, aunque poca). Los hombres comen la yu-

ruma separados de las mujeres. La mezclan con sancocho de morocoto. En ese día de banquete sacrificial, se abstienen de probar otro alimento. A continuación, por lo general, tienen lugar danzas sagradas.

En estas canciones cantan, entre otros cánticos sagrados, el siguiente, que es una súplica al sol. Damos una traducción estrictamente literal.

"Mi maraca, iyé!  
Está subiendo;  
El sol, mi abuelo,  
Que persistes en herirnos (enfermar-  
nos) con tus rayos,  
Y nos calientas:  
A éstos míos no los enfermes,  
A los míos no los mates.  
Mi maraca, mi maraca, con sus piedrecitas;  
Mi maraca, mi maraca, con su empuñadura:  
A los míos no los enfermes; a los míos no los mates.  
A mis parientes todos no los mates".

#### Mitos y leyendas.—

Tema fértil la existencia de los jebus, da amplio cauce a la febril fantasía guaraúna para entretejer todo un mundo de mitos y leyendas. También aquí se cumple, una vez más, que el hombre es un ser medularmente metafísico: lo acucia el ansia de dar respuesta al cúmulo de enigmas que lo rodean. Y cuando no logra formular la explicación limpi-pida, científica, se lanza por los derroteros del mito o la leyenda. Entre las muchas que se podrían citar, escojamos dos o tres típicamente autóctonas. ¿Cómo explicar en el cielo la presencia de esa radiante estrella que se llama "el lucero de la mañana"? Y ¿cómo la caprichosa silueta de las Tres Marías y de las Ca-brillas? ¿A qué se deberá, finalmente, el enigma de la noche, con su impenetrable cortejo de tinieblas? Tres leyendas darán razón de ello. También aquí transcribimos a la letra la narración original, recogida de labios de los mismos indios, con todo su lozano primitivismo.

#### EL LUCERO DE LA MAÑANA

Antiguamente todos los indios vivían en el espacio. De allá bajaron. Se quedaron la mitad. Los que se quedaron se convirtieron en jebus,

(espíritus) por culpa del lucero de la mañana.

Si el lucero de la mañana no hubiera sido, hubieron bajado todos. Si todos hubieran bajado y bajado no habría jebus, espíritus.

Los indios no se enfermarían y por lo tanto no se morirían. Cuando llegaran a la vejez botarían la piel como los cangrejos y se remozarían.

El asunto sucedió así: Un indio flechó un pájaro con una flecha. El dueño miró la flecha que cayó para abajo. Ahora fué abriendo hueco con la mano, hasta que apareció la tierra. Cuando hubo aparecido, ahora sí que hizo un hueco grande para poder bajar.

Ahora sí que bajó a la tierra, cuando hubo bajado vió mucha comida: morocoto, cachama, váquiro, lapa. Allí arriba, sí que no había nada de comida.

Se subió otra vez, para contárselo a los indios. Y les habló así:

Allí hay mucha comida, aquí nos morimos de hambre. Ahora sí que los indios dijeron. Vámonos, pues, bajemos todos abajo, ya!

Comenzaron a bajar en busca de comida, yuruma, etc. Pero apenas habían bajado la mitad, antojósele bajar a una mujer embarazada, siendo inútil la protesta de los demás. Como estaba muy abultada taponó el hueco y no pudo ni bajar ni subir, convirtiéndose así en lucero de la mañana.

Los indios que no pudieron bajar, se convirtieron en jebus.

### LAS TRES MARIAS Y LAS CABRILLAS

Las tres Marías son el varón y las cabrillas la mujer.

Antiguamente había un muchacho casado. Un día se fué a pescar. Buscaba morocoto, bagre, cachamo, toda clase de pescado. Llegó a su casa y se lo dió todo a la suegra. Esta se lo comió todo. Comía mucho; enseguida se le terminó. Volvió a pescar y regresó con dos curiaras repletas de pescado, pero la suegra nunca se hartaba, y el muchacho malhumorado la llamó "Tragona".

Volvió a ir y trajo tres curiaras

llenas, pero no llegó a la casa sino que las dejó en medio del río.

Vino, pues, la suegra a buscarlo, se tramucó, cayó al agua y se la comió un tiburón.

Púsose brava la hija y cogió un machete para matar al marido, éste corrió, y se subió a una manaka. La mujer vino detrás y le cortó una pierna. El se subió más arriba y la mujer detrás convirtiéndose la mujer en las cabrillas y el hombre en las tres Marías.

Por eso dicen ellos van siempre juntas y nunca se alcanzan.

### LA NOCHE

La noche tiene su dueño. Este de madrugada la mete en un camaza. Recoge toda la noche.

El dueño se iba sin ella.

El tenía dos cuñados más pequeños. Cuando se iba les decía ¡Cuidado! no toquéis esa camaza.

El hermano mayor le dijo al más pequeño: ¿Por qué mezquinará esta camaza? ¿qué tendrá dentro? Vamos a ver.

La cogieron, le quitaron la tapa y la noche se extendió. Se hizo densa. No se podía mirar.

El cuñado vino y se puso bravísimo. Los cuñados huyeron, y se regañaron con el cuñado. No vengáis más. Por vuestra culpa convertíos en pájaros. Vuestro nombre será lechuzas. Los que nazcan después os llamarán así. Seréis lechuzas.

Y se convirtieron en lechuzas.

Ahora recogió de nuevo la noche, pero quedó parte sin recoger.

Por esta razón la noche ahora no es tan densa.

La noche quedó buena, nosotros vemos algo.

Para terminar, citemos algunas de las creencias, cuentos y mitos que entre ellos corren.

El "jebu nabarao" habita en la profundidad de todos los ríos, en un suntuoso palacio. En vez de perros, los mismos tigres se encargan de vi-

gilar su morada. ¿Se agita un palo al ras de la corriente? Es el jebu que lo está moviendo! ¿Tiembla sacudido el temiche? Es una culebra de agua que serpentea!

Al comenzar sus relatos, hacen referencia a remotos orígenes, perdidos en la penumbra del tiempo: "aidamoto-tuma adibu", esto es: "palabras de nuestros antepasados o viejos".

Nada tan terrorífico como el siniestro chillido del "Masisiquire" en el seno oscuro de la noche. Se trata de un "gran brujo", embozado tras el inocente plumaje de un ave. Oír su voz y esconderse, es todo uno para los indios. Como que no pocos se resisten a llevar sus hijos al Internado de Araguaimujo, "porque allí hay mucho masisiquire". En cierta ocasión, y a pesar de poseer ya instrucción cristiana, los alumnos internos se postraron en tierra, implorando auxilio, apenas rasgó el silencio de la noche el estridente chirrido del masisiquire.

También el terremoto se impone al alma del indio. ¿Cómo contrarrestar su influjo? El indio se tiende en tierra y se abraza a ella o a un próximo árbol, "para recoger la fuerza" de esa oculta manifestación de vida! Porque todas las cosas tienen su dueño; también los terremotos poseen un dueño viviente: el "Juro" (Jebu taratu). Mientras dura el fenómeno, se guardan los indios de pronunciar el nombre del dueño (Juro), no vaya a suceder que, embravecido, los castigue con la enfermedad.

#### Contraste triunfal.—

Sobre ese oscuro fondo de supersticiones, mitos y leyendas; sobre la intrincada maraña de brujos, selva y remolinos; se destaca triunfal y luminosa, la mansa figura del misionero. Cara al laberinto del bosque secular; afrontando impasible el enigma del majestuoso río, bien firme en sus manos el canaleta y surcando la rauda corriente de infinitos cauces, allá va él!

Vino un día de lejanas tierras y se adentró en la selva, dormida todavía en su embrujo secular. Sondeó el alma del indio, más densa y tupida que el bosque. Eso es él. Come con los indios, piensa como los indios, se expresa en su lenguaje. Cuando las sombras de la noche lo sorprenden bogando en la frágil curiara, el misionero no se recata de subir al mísero tugurio y de pasar la noche, confundido entre todos, en el sórdido chinchorro! Y cuando al misionero se le obliga a abrir un paréntesis en su larga faena de años y disfrutar de un descanso en la capital, a los pocos días se le ve inquieto y anhelante por regresar a su amada misión: le hacen falta sus indios, su río, su selva. Es que se ha compenetrado con su misión! A esos heroicos misioneros capuchinos, con quienes compartí momentos imborrables; a esos abandonados de Cristo, forjadores de patria y de cultura, vayan estas líneas, en estímulo de recuerdo y admiración.

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J.

